

---

# AQUILES

ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

---

Ocupaba casi el mismo espacio y varios gestos de Víctor Manuel.  
Bastaba oírte,  
verte reír una vez para comprender que necesitabas hacerlo así.  
porque tenías esa irredimible tristeza del niño al que un auto reluciente  
/le ha aplastado su pequeño gato,  
Y los años siguen pasando, pero los huesecitos no se levantan del corazón  
Que conoció aquella mañana la espantosa injusticia del mundo.

Aquiles podría parecer un nombre demasiado marcial o demasiado rígido  
/para tí,  
Pero eso solo lo creería quien no recordara (o no hubiera sabido  
/nunca) como el griego fiero lloraba inconsolable por  
/el amor y la amistad perdidos.  
A mí me era mucho más fácil comprender qué bien se avenían tu  
/nombre y tú,  
Porque una vez regalé a mi novia un caballito de unas cuantas  
/pulgadas, negro, lustroso, y con la crin erguida, blanca.  
Un caballito gallardo como un personaje de Corazón.  
Que se llamaba, naturalmente, Aquiles.  
Te recuerdo en la noche de la Isla de Pinos, junto al mar,  
Hablándome de tu María, con quien una tarde (que ya no existe)  
/íbamos a estar juntos,

Y evocándome los veleros como grandes gaviotas que hace un siglo  
/llevaban el helado a Venezuela, saltando de isla en isla,  
Mientras Cecilio Acosta, rodeado de infolios, anunciaba su inminente  
/llegada con una larga pluma gris de ave;  
o atravesando al mediodía, camino de la casa de Soto, el laberinto  
/de tu Caracas de violentas plantas sepultadas,  
Probablemente en el mismo auto donde unos meses después te iba  
/a buscar la muerte,  
Que ya estaba en el asiento de atrás, alerta, y era ese silencio  
/que no oíamos en la conversación,  
Ese relámpago que no llegamos a ver en el cristal.

Adiós, amigo de las cosas verdaderas, antiguas y realmente nuevas,  
Como las flores, las revoluciones, los humildes, los héroes, la belleza,  
/las lágrimas;  
Adiós, felicidad de los niños, biógrafo de las muñecas de trapo,  
/hermano de hacer reír y llorar;  
Por tí queremos más a Venezuela, a nuestras tierras,  
A Martí, que comprendiste, a Cuba, que defendiste, como un hijo  
/amoroso, a nosotros mismos.  
Donde sigues estando cuando suspiramos y atardece  
Y llega con las nubes un pueblo de jardines rapidísimos  
Por lo que cruzas montado en la bicicleta de humo de tu padre,  
/esa soberana cabalgadura en la que vas  
Como el jinete victorioso, azul e inmortal de los cuentos.

La Habana, mayo de 1976.